SUPLEMENTO
LITERARIO DE
PAGINA/12
AÑO V Nº 301
10 • 8 • 2003

RADAR libros



El otro Simenon

Saludado por André Gide como "el más grande y el más verdaderamente novelista", admirado por sus amigos Henry Miller y Federico Fellini, Georges Simenon celebraría este año su centenario. Gallimard lo festejó abriéndole las puertas de la colección de La Pléiade, un sacro gesto acompañado en el mundo francófono por toda una serie de celebraciones en torno a la figura del padre del comisario Maigret (ambos igualmente adictos al tabaco en pipa). *Radarlibros* recuerda también la faceta menos feliz del cuarto escritor de lengua francesa más traducido: su colaboración con el nazismo.



Entre las 18 mil personas que Simenon debió socorrer como representante del Alto Comisariado para Refugiados Belgas de la ciudad de La Rochelle, se negó terminantemente a ocuparse de sus compatriotas judíos.

POR ALEJO SCHAPIRE, DESDE PARÍS

Ya está, lo consiguió: entre el narrador chino Shi Nai'an de la Dinastía Ming y el indio Somadeva, poeta del siglo XI. Georges Simenon (Lieja, 1903-Lausanne, 1989) logró colarse en la Bibliothèque de la Pléiade (Gallimard): consagración suprema de las letras francófonas. La canonización del belga coincide con el centenario de su nacimiento, como no se cansan de repetir por aquí biografías, coloquios, exposiciones, revistas y suplementos literarios, sin olvidar a su país de origen, que ha decretado directamente un año simenoniano.

Todos hablan del hombre de las quinientas novelas y las diez mil mujeres (reivindicadas en su correspondencia con Federico Fellini), sin detenerse demasiado en el hecho de que su producción literaria fue en gran media alimentaria y su inmoderado consumo de hembras tenía que ver, sobre todo, con una adicción a las profesionales del sexo. Al mismo tiempo, por pudor, chauvinismo o simplemente porque algunos viven de la hagiografía de su compatriota, ciertos aspectos menos glamorosos del padre del inspector Jules Maigret han sido cuidadosamente olvidados.

El propio Simenon, que se ocupó en vida de controlar cada detalle de su leyenda, no lo habría hecho mejor. En este sentido, la pereza de los investigadores que se conformaron con indagar casi exclusivamente en los textos autobiográficos de *Je me souviens* (escrito a toda velocidad en 1940, cuando un médico le diagnosticó sólo dos meses de vida), *Pedigree* (1948), *Dictées* (sus veintiún dictados transcriptos entre 1975 y 1981) o *Mémoires intimes* (1981), ha sido una aliada inestimable. De ahí el interés de *Simenon, Maigret encuentra a su autor*, la biografía sin concesiones de Pierre Assouline, director de la revista literaria *Lire* (espantosamente traducida por Espasa Calpe en 1994).

Hoy, si las 678 páginas que cuenta *Simenon...* se han convertido en *la* referencia a la hora de ahondar en el pasado del escritor belga, es ante todo porque es el resultado de una labor meticulosa y titánica a partir del acceso privilegiado a los archivos personales del autor. Se necesitaba también una admiración desmedida por la obra y una desconfianza absoluta por el hombre para poder seguir las huellas de quien se encargó de borrarlas desde el principio.

En busca del tiempo perdido

Simenon se inició en el arte de adulterar las pistas de la mano de su madre, quien, no resignada a aceptar que parió al pequeño Georges un viernes 13, falsificó con su puño y letra la partida de nacimiento para hacerlo ver la luz el 12 de febrero de 1903. Esa sería la única complicidad con el hijo, ya que Henriette jamás estaría satisfecha de los actos de su primogénito, incluso cuando éste alcanzara el éxito, prefiriendo toda la vida a su hermano Christian. Como recuerda Assouline: "Cuando Désiré (el padre) dice 'tu hijo' a su mujer, habla de Christian. Cuando Henriette dice 'tu hijo' a su marido, habla de Georges".

En este hogar de pequeños burgueses católicos, Georges estaba destinado al sacerdocio. A Simenon, muy generoso a la hora de conceder entrevistas periodísticas (las consideraba parte integral de su trabajo), le gustaba contar que su educación religiosa había sido brutalmente interrumpida el día en que fue citado por el médico de la familia para anunciarle que a su padre le quedaba apenas un par de años de vida: en poco tiempo debía encontrar el modo de mantener a los suyos. Otra versión, recogida por Fenton Bresler (*The Mystery of Georges Simenon: A Biography*, 1983), refiere una iniciación sexual a los quince años con Renée, una chica judía que durante un paseo bucólico lo habría desvirgado intempestivamente: "prácticamente me circuncidó". Violento o no, el descubrimiento de la sexualidad habría hecho imposible toda perspectiva de celibato, lanzando prematuramente al adolescente al mercado laboral. Después de una poco concluyente incursión en la repostería –ocupación que obedecía al mandato materno ("ella soñaba con atender la caja detrás de un mostrador de mármol blanco")–, Georges trabajó como ayudante en una librería. Entre otras cosas, debía vender libros de texto a los compañeros de la clase que acababa de abandonar, una experiencia amarga que alimentaría su sed de revancha social. Conservó este puesto hasta que un buen día corrigió a su jefe delante de un cliente y fue inmediatamente despedido.

Luego de algunas semanas de vagabundeo por su ciudad natal, se detuvo delante de *La Gaceta de Lieja*, el periódico más conservador de la localidad. "Y entonces recordé que acababa de leer un libro de Gaston Leroux (abogado devenido periodista y escritor) con el personaje de Rouletabille (detective), así que la idea de convertirme en reportero me pareció muy seductora. Fui a presentarme al director, que se murió de risa. Yo no tenía todavía dieciséis años y esa misma mañana estrenaba los pantalones largos", contaba en una entrevista hacia el final de su vida.

Entre 1919 y 1922, Sim –tal como empezó firmando– escribiría unos 900 artículos periodísticos. Se ocupó primero de los *chiens écrasés* (perros atropellados), como se denomina en francés al género que sigue las querellas entre vecinos, peleas en bares o accidentes de tránsito. Pero en poco tiempo, el joven cronista se volvió indispensable por su velocidad y su capacidad para abordar cualquier tema. Al año, tenía una columna humorística: un riguroso ejercicio de estilo que consistía en desarrollar la noticia más relevante del día, siguiendo siempre una misma estructura. Progresivamente, Simenon empezaba a frecuentar personalidades del arte y del ámbito de su nueva especialidad, la política, convirtiéndose uno de las plumas más aceradas del periódico.

El peligro judío

Entre el 19 de junio y el 13 de octubre de 1921, *La Gaceta de Lieja* publicó 17 artículos bajo el título "¡El peligro judío!". En esta serie de notas, que no desentonaba con el reaccionarismo del resto del diario, se denunciaba con violencia una supuesta omnipresencia de israelitas en las finanzas, los gobiernos y las organizaciones internacionales, como la Sociedad de las Naciones. Con la misma virulencia, el diario se escandalizaba por lo que consideraba la nefasta influencia del judaísmo, propulsor del bolchevismo a través de las figuras de Marx o Ricardo. Sobre todo, este espacio sirvió para difundir *Los protocolos de los sabios de Sion*, el célebre documento falso fabricado en 1897 por la Orjana (policía zarista) en el París del caso Dreyfus. Este *faux* describía un plan secreto tramado por los judíos para apoderarse del mundo y llevarlo a la ruina.

Los primeros textos no estaban firmados, pero a partir de la octava entrega el lector puede distinguir al pie del artículo la firma de Georges Simenon. Mientras el joven periodista desplegaba un discurso paranoico y lleno de odio desde su tribuna, el diario *Times* de Londres hacía públicos los resultados de una investigación propia que, como recuerda Assouline en *Simenon...*, concluía que "Los *Protocolos* no son solamente la falsificación que algunos sospechaban, sino también una vulgar imitación fraudulenta de un panfleto sin ninguna relación con la cuestión judía, publicado en Bruselas en 1864 por Maurice Joly con el título de *Diálogo en los Infiernos entre Maquiavelo y Montesquiuieu*".

Los incondicionales de Georges Simenon –como los que uno se puede cruzar actualmente en las múltiples manifestaciones culturales en torno a su figura– podrían invocar hoy el pecado de juventud de un oportunista, que no hacía más que transmitir la línea bajada desde la dirección. Es el argumento que el propio Simenon esgrimió en 1985, respondiendo a un libro del periodista belga Jean-Cristophe Camus: "Esos artículos no reflejan en modo alguno mi pensamiento ni de entonces ni de hoy. Era un encargo y estaba obligado a hacerlo. En esa misma época, entre los inquilinos polacos y rusos de mi padre, más de la mitad eran judíos con quienes me entendía perfectamente. He tenido toda mi vida amigos judíos (!). No soy para nada *antisesmita* (sic), como esos artículos de encargo podrían hacerlo creer", se defendió.

El inconveniente es que Simenon reincidiría en incontables ocasiones, y esta vez, siendo su propio jefe. Cuando en 1923 tuvo que escribir un retrato del escritor Henri Duvernois, se concentró en el rostro, para insistir en la "nariz borbónica, borbónica al modo de las narices Fisher, Bernstein, Tristán Bernard. Todo de los Borbones... de Israel". En 1927, en su novela *Un monsieur libidineux*, el profesor Goldstein aparece con los rasgos de "un hombre regordete, de apéndice nasal tan corto como se puede tener cuando uno es hijo de Israel". O, como dice un personaje de *Lili Sourire* (1930) hablando de unos inescrupulosos hermanos usureros: "¡Qué malvados son esos Lévy y Lévy! ¿No tienen corazón? Cuando uno se llama Lévy, no se quiere a nadie, pero sí quieren la cartera de todo el mundo!". El bonachón del comisario Maigret tampoco se privará de este tipo de consideraciones. Desde su primera aparición, en *Pietr-le-Letton* (1932), el agente usa sus facultades detectivescas para descubrir en el barrio judío de Le Marais a Anna Gorskine, amante del letón. Simenon escribe: "Aparentaba más de los veinticinco años que denunciaba su documentación. Se debía sin duda a su raza. Como muchas judías de su edad, estaba hinchada, sin perder por eso cierta belleza". Y más adelante: "todo un mestizaje de judíos que comen ajo y matan a los animales de forma distinta a los demás, diseminados por todas partes, forman sin embargo un pueblo aparte". *La jeune fille aux perles* o *Fou*

de Bergerac (ambos de 1932), *Los 3 Rembrandt* (1928), *El noviazgo de M. Hire* (1933) o *Le petit homme d' Arkhangelsk* (1956) son apenas otros botones de muestra del uso del estereotipo del judío codicioso y apátrida, una constante en las novelas de Simenon.

Una de las claves para entender el origen de este ensañamiento es que la madre del escritor, que le reprochaba a su marido su falta de ambición para conseguir un mejor puesto en la compañía de seguros donde trabajaba, resolvió convertir la casa en una pensión para estudiantes sin siquiera consultarlo. Así que una tarde, cuando volvía de la oficina, Désiré descubrió que el perchero estaba ocupado con ropa ajena y en el único sillón de la casa había sentado un extranjero. Y, como contaría Simenon en una entrevista con su traductora rusa Eleonore Schralber, su familia debía conformarse con las sobras de la comida de los huéspedes. Estos jóvenes, que venían en su mayoría de Europa Oriental para estudiar en condiciones de extrema pobreza, eran muchas veces de origen judío. Para Assouline no caben dudas: el rencor de Simenon nace de la humillación sufrida por su padre Désiré.

Del dicho al hecho

En 1924, dos años después de haber llegado –"una mañana fría y lluviosa"– a la Gare du Nord de París, la escritora Colette le abría a Simenon las puertas del periódico *Le Matin*. Aunque la directora literaria le exigía que cambiara de estilo –"demasiado literario"–, Simenon supo adaptarse rápido, y empezó a ganarse el pan escribiendo novelitas eróticas bajo diecisiete seudónimos distintos. Mientras tanto, su matrimonio, celebrado en 1923 con Régine Renchon, no le impedía vivir paralelamente, entre 1925 y 1927, un apasionado romance con Joséphine Baker, "el culo más célebre y deseado del mundo", como la describiría en *Le merle rose* (1928).

En 1930, Simenon inventaba a Maigret, un comisario que utiliza menos la deducción que la intuición, para quien lo esencial no es descubrir el *whodonit* o vengar a la víctima; lo que le interesa es comprender al asesino. Maigret es un personaje de contextura "plebeya" que viene de la Francia profunda, del terruño, que conoce a los pobres y por eso los entiende; por esa misma razón desconfía de los burgueses y los notables, que importan el vicio de la ciudad para corromper la pureza de una vida rural con gente "de verdad". Lo que no impidió que Simenon lanzara a toda pompa a Maigret en el mundano cabaret La Boule Blanche, evento que le valdría al día siguiente una crónica en la tapa del matutino *Le Figaro*. Para la ocasión Simenon organizó "el baile antropomórfico", una velada donde para entrar había que completar un falso registro policial de antecedentes penales. El éxito literario se convirtió pronto en cinematográfico, cuando en 1932 Jean Renoir llevó por primera vez a la pantalla la obra de Simenon con *La nuit du carrefour*. Esta fama popular alcanzaría su pico en plena guerra mundial, otorgándole a Georges Simenon –con nueve de sus novelas– el sospechoso record del escritor más adaptado de la Francia Ocupada.

Ciertamente el modo límpido de narrar del belga –manejaba, por ejemplo, estadísticas sobre la cantidad de palabras conocidas por los distintos estratos sociales, para utilizar sólo las que podían ser comprendidas por el mayor número de lectores– tiene la ventaja de volcarse con facilidad al lenguaje del celuloide. Pero Simenon tiene además otro aliado: La Continental, una productora dirigida por un amigo personal de Goering y que depende directamente del Ministerio de Propaganda del Tercer Reich. Esta colaboración se afianzó en 1942, cuando el autor cedió los derechos de Maigret a la empresa nazi, firmando un contrato que rezaba: "Declaro ser francés y de origen ario y me comprometo a aportar las pruebas de ello con una simple petición de su parte". Dándose cuenta de que podía estar cometiendo un error, la conciencia de Simenon lo llevó a borrar a último momento una palabra que lo incomodaba: "francés".

En plena guerra, con la miseria y el mercado negro, los Simenon alcanzaron un nivel de vida que les permitió mudarse al coqueto castillo de Terre-Neuve, una construcción del siglo XVI situada en la región de Vendée. Instalado con su esposa, su hijo Marc, su cocinera y amante Boule y una doncella, Georges Simenon abandonaba cada tanto la vida castellana para asistir a algún estreno de una película basada en su obra, una oportunidad para compartir un trago con algún general alemán. Los miembros de la Kommandatur eran igualmente recibidos en el castillo. Pero la Segunda Guerra no fue para el escritor únicamente un momento de frivolidad y abundancia.

En mayo de 1940, después de la invasión de Bélgica, mientras Alemania se disponía a apoderarse de París, Georges Simenon decidió cumplir con su deber patrio y presentarse en la embajada de su país en París. Apareció vestido con su indumentaria de equitación: había extraviado su uniforme militar. Ahí, el soldado Simenon recibió la orden de ocuparse del Alto Comisariado para Refugiados Belgas de la ciudad de La Rochelle. Según testigos, Simenon haría prueba de una "dedicación sobrehumana", sin pegar el ojo en varios días y sin distinguir si los que llegaban eran belgas, italianos o incluso franceses: el origen o el pasado de la víctima no importaba. O casi, porque entre las 18 mil personas que Simenon debió socorrer se negó terminantemente a ocuparse de sus compatriotas judíos, entre los que se encontraban los joyeros de Amberes. Para justificar en su momento su decisión de discriminar, Simenon escribió al Prefecto: "Por último, por orden del señor Mandel, entonces Ministro del Interior, había tenido que acoger unos 1200 diamantistas de Amberes. Constaté –y se lo hice saber a usted a su debido tiempo– que entre ellos no había una cuarta parte de belgas, sino que casi exclusivamente eran apátridas israelitas".

La ironía quiso que, en el otoño de 1942, Simenon se encontrara acosado por las autoridades alemanas. Los servicios de inteligencia nazis teníanfuertes sospechas de que él era judío, así que lo acosaban para que probara su "pureza racial". ¿Acaso "Simenon" no viene de "Simon" (que deriva del hebreo Shimon), como se empeña en llamarlo el oficial que dirigía la investigación? Luego de meses de vivir en estado de pánico, el belga escribió una carta –cuyo contenido no ha trascendido– que logró calmar al jefe de asuntos judíos de París, que le respondió: "Existen todas las presunciones para que su calidad de ario sea evidente". Caso cerrado.

Señor Simenon, tenemos su ficha

En 1944 los vientos de la guerra habían cambiado. Y por las ondas aliadas de la BBC un flemático *speaker* anunciaba: "Señor Simenon, tenemos su ficha". El nombre del escritor belga se había ganado, junto a Drieu La Rochelle, un lugar en las listas negras de la Resistencia, publicadas en las páginas del periódico *Bir Hakeim*. Una vez que la guerra hubo terminado, un Simenon inquieto empezó a dejarse ver leyendo por la calle el diario comunista *L'Humanité*, mientras inventaba para quien quisiera oírlos episodios donde prestaba su auto a miembros de la Resistencia. Bastó un mero control de documentos para que la nueva policía de París le notificara que se lo buscaba por "propagandista notorio, peligroso para la seguridad del Estado".

Su hermano Christian había ido más lejos. Se había convertido en miembro de Rex, una organización pronazi belga, y había dirigido la "Formación B", una milicia que se ilustró por haber ejecutado 27 resistentes con una bala en la nuca. Sentado en un banco de la Plaza de los Vosgos del barrio de Marais, Georges Simenon escuchó decir a su hermano que tenía tres opciones: entregarse –lo que equivalía a ser fusilado–, exiliarse, o entrar en la Legión Extranjera. El hermano mayor lo alentó a elegir esta última alternativa. Dos años después, Christian moriría en una emboscada durante una misión en Indochina.

En cuanto a la situación de Georges, la Dirección de la Policía Judicial dispuso el 30 de agosto de 1945 su expulsión del territorio francés. La medida no sería jamás ejecutada: el propio Simenon, viendo que su situación se complicaba, se había adelantado gracias a la diligencia de la embajada belga, que le había conseguido un visado para instalarse, como muchos otros colaboracionistas, en Estados Unidos. En *Mémoires intimes* podemos descubrir sus frescas impresiones del paisaje americano: "Es la primera observación que hice cuando fui a Estados Unidos. Hay muchos judíos. Algunos han conservado los caracteres externos de su raza. Pero en su mayoría, en una o dos generaciones, han crecido diez centímetros, si no más".

Convidado de piedra

El Centre Wallonie-Bruxelles de París (centro cultural belga, situado a pocos metros del Centro Georges Pompidou) está cubierto con dibujos de las historietas de *Tintín*, el comic creado por Hergé, otro notorio antisemita. El 16 de mayo el Centro albergó un coloquio de profesores y traductores venidos expresamente desde Bélgica para discurrir durante horas sobre detalles de la vida de Simenon. La mera etimología del nombre de un personaje secundario de una novela menor pudo ocupar media hora de discusión. Ni una palabra sobre la Ocupación. Tampoco la hubo en la exposición "Maigret, traversées de Paris", una charla organizada por el biógrafo belga Michel Carly, autor de varios ensayos sobre el autor (el último es *Sur les routes américaines avec Simenon*, 2002) y amigo de uno de los hijos del novelista.

Al final, luego de un pequeño debate con fans de Maigret (que habían venido sobre todo para decir públicamente que habían leído las 72 aventuras del comisario), Carly se mostró dispuesto a abordar diversostemas para *Radarlibros*. Admitiendo que sonaba a psicología barata, explicó que las 10 mil mujeres servidas por el semental belga (apenas 1200 según Denyse, su segunda esposa) no eran más que un intento desesperado para tratar de aplacar la sed de afecto materno. Luego, con la misma soltura, Carly evocó la relación incestuosa de Simenon con su hija Marie-Jo, una situación que terminó por llevarla al suicidio. Pero cuando llegó la pregunta "¿Era Simenon antisemita?", la sonrisa cómplice del interlocutor se desvaneció. Serio, dijo que su compatriota no hacía más que repetir los viejos *clichés* del antijudaísmo católico de la sociedad de su época.

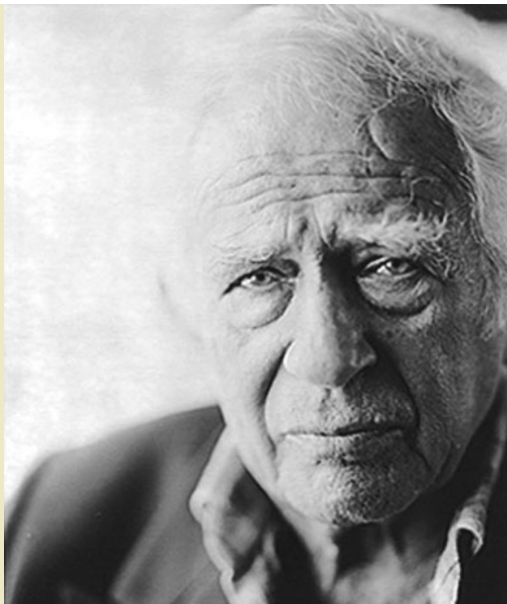
¿Y qué piensa usted de la biografía de Pierre Assouline?

–Se focaliza demasiado en ese tema porque es judío.

Simenon en cifras

1000 cuentos
155 nouvelles
200 novelas populares
784 artículos en *La Gaceta de Lieja*
27 grandes reportajes
25 obras autobiográficas
192 novelas (de las cuales 72 son de la serie Maigret y 120 son novelas "duras", como llamaba a sus novelas "serias")
34 seudónimos
9000 personajes viven en sus obras
18º escritor más traducido en el mundo
4º escritor de lengua francesa más traducido (después de Julio Verne, Charles Perrault y René Goscinny)
500 millones de ejemplares vendidos hasta 1973 (según la UNESCO)
54 novelas adaptadas al cine
150 adaptaciones de Maigret para la TV
7 días le llevaba escribir una novela
5 kilos perdidos por novela
33 mudanzas
10.000 *partenaires* sexuales declaradas

El espía que llegó del calor



EL FANTASMA DE HARLOT
Norman Mailer



trad. Rolando Costa Picazo
Anagrama
Buenos Aires, 2003
1296 págs.

POR RODRIGO FRESÁN

Hay gente muy mala que todavía hoy no vacila en afirmar que Norman Mailer (New Jersey, 1923) es "el más promisorio de los escritores norteamericanos", o que "se parece a uno de esos actores infantiles de éxito que no soportan crecer", o que se trata de "el más genial de los pésimos novelistas". Más allá del sarcasmo, una cosa está clara: Mailer siempre ha sido su peor enemigo (pero también su mejor camarada) a la hora de no conseguir los laureles que hoy ostentan magistrales e incontestables contemporáneos como Bellow, Roth y Updike, para conformarse –o haber optado por– una carrera donde todo puede suceder: exploraciones iniciáticas de la guerra, retratos íntimos de Cristo, novelas "cinemascope" sobre tiempos faraónicos y curiosas formas de *fiction non-fiction* donde el verdadero protagonista siempre es él. Un escritor injusticiero con las peores taras publicitarias de Hemingway a la hora de la vida pública mientras que, en la intimidad, sigue en busca de esa Gran Novela Americana.

Ese espejismo que –como Moisés con la Tierra Prometida– parece tener siempre en la punta de los dedos pero a la que no termina de llegar nunca. Por el camino, se sabe, Mailer protagonizó tremendos papelones, fracasó en su carrera política, apuñaló a una esposa y desafió a un round de box a todo aquel que se acercara al ring de su vida. Irving Howe alguna vez dijo que Mailer corría el riesgo de convertirse en "un rehén de sus tiempos".

"Un rehén voluntario", aclaró Martin Amis años después.

El fantasma de Harlot (publicada en Estados Unidos en 1991, que ya conoció una traducción en Emecé y que ahora es reeditada por Anagrama a propósito de los ochenta años de la bestia) fue la última oportunidad en que Mailer intentó volver a intentarlo. Y –teniendo en cuenta que las más de mil páginas concluyen con un "continuará..."– todo hace pensar que todavía quedan balas en la recámara para rematar y cerrar su obra y, al mismo tiempo, esta historia íntima de la CIA (un largo *flashback* desde 1984 que se detiene en 1964, apenas superado el magnicidio de JFK) con aspiraciones de quedar como la Novela Total de Espías, para que aprendan esos Le Carré, Ambler, Greene, Deighton y todos los que fueron y los que vendrán.

El modelo aquí, está claro, es Balzac. Y la premisa es buena: una saga literalmente *underground* de la vida americana con una agencia gubernamental como telón de fondo y –al frente– el siempre eficaz recurso de la novela de aprendizaje donde Harry Hubbard es el joven Lancelot, Hugh Tremont "Harlot" Montague es el crepuscular King Arthur y la bella Hadley Kittredge Gardiner funciona como la conflictiva y sensual Guinevere, entre el novato y su maestro. Así, una formidable bibliografía consultada, un intimidante aparato de datos y cameos de personas/personajes y episodios/acontecimientos históricos no consiguen disimular lo que para mí es una buena noticia: más allá del peso de este libro en las manos del lector y en la cabeza de Mailer, *El fantasma de Harlot* no es otra cosa que una simple historia de amor en tiempos complejos. El amor por el oficio elegido y por la mujer que te elige o te descarta. *El fantasma de Harlot* es, también, una de las mejores novelas "puras" de Mailer –no hay aquí trucos metaficcionales ni periodísticos de ningún tipo–, que se vuelve todavía mejor si se opta por leerla como lo que se conoce en Estados Unidos como "*best-seller* de calidad" (mucho mejor pensado y escrito y tantas veces más divertido e inteligente que el por estos días tan celebrado *The Company*, éxito de ventas de Robert Litell también con la CIA como *alma mater*) antes que como otro admirable y fallido asalto de este Ahab enloquecido que, arpón en mano, se ha pasado gritando toda su vida aquello de "La Gran Novela Americana es mía y mía y mía". Alguien que en su *Advertisements for Myself* de 1959 lo escribió claro y sin dudar: "Si yo tengo una ambición por encima de todas, es la de escribir una novela que Dostoievski y Marx, Joyce y Freud, Stendhal, Tolstoi, Proust y Spengler, Faulkner y hasta el viejo y mohoso Hemingway se acerquen a leer sabiendo que en ella encontrarán todo lo que quisieron y no pudieron contar".

Hay gente muy mala pero –para bien o para mal, por suerte o por desgracia– también hay gente como Norman Mailer.

ENTREVISTA

Conducta en los velorios


FOTO: SEBASTIAN FREIRE

***El rastro*, la novela de la mexicana Margo Glantz que acaba de ser publicada en Buenos Aires, es, a la vez, una investigación sobre el duelo popular ante la muerte y, por la vía del monólogo interior, de la conciencia femenina.**

POR LAURA ISOLA

Un velatorio en un pueblo mexicano, el cadáver en el féretro debidamente acondicionado y una mujer, Nora García, antiguo amor del difunto, que piensa, asocia y recuerda. Tales son el ambiente y los personajes de *El rastro*, la última novela de Margo Glantz, quien pasó por Buenos Aires para presentarla. Narrada en primera persona, con los recursos del monólogo interior y el fluir de la conciencia a propósito de la despedida final a un ser alguna vez querido, el texto se ubica en una tradición muy prestigiosa y al mismo tiempo en temas y propósitos ya transitados. *Mientras agonizo*, *Finnegans Wake*, algo de *Mrs. Dalloway*, por ese preciosismo a la hora de narrar saberes banales sobre cómo acomodar las flores, son títulos y autores posibles de ser evocados.

Por supuesto que Glantz es absolutamente consciente de esta operación y habilita a pensar su escritura en relación con un doble desafío: el desafío de la página en blanco, por un lado, por el otro, la disputa de un lugar en la escritura de novelas sobre velorios: "Las ciudades han burocratizado a los velorios. Se realizan en lugares impersonales y van desfilando los muertos. Pero en los pueblos se siguen haciendo en las casas y convergen en esa ocasión distintas voces y se conservan ciertas tradiciones como la de la comida y la bebida. Enfrentar un tema como el velorio es, por supuesto, casi como hacerse cargo de un género. Igual me interesaba tomar ese tema tan escrito y hacer otra cosa".

¿Esa "otra cosa" tiene que ver con la recurrencia al tema del corazón tanto desde el punto de vista de la divulgación científica como desde las letras de tangos y boleros y el lugar común?

—*Sí*, me interesaba hacer coincidir toda la banalidad asociada con el corazón: en el tango, en los boleros, en los pésames de los velorios siempre hay una serie de alusiones muy banales. Trabajé durante años haciendo listas larguísimas que tengo en cuadernos. Me la pasaba apuntando todas estas referencias: desde los folletines, las letras de tangos y cosas escuchadas por ahí. La investigación sobre las enfermedades del corazón, dolencias, tratamiento y operaciones las fui estudiando en enciclopedias. Trabajé mucho con la historia de la medicina.

En la novela hay un uso literario del paréntesis. Es decir: el paréntesis deja de tener un uso como signo de puntuación para volverse funcional al discurso de la conciencia de la narradora. ¿Por qué utilizó este recurso?

—Era muy importante manejar la asociación en una especie de monólogo interior o el fluir de la conciencia. Combinar una serie de estados de ánimo y que desde la misma voz de la narradora se armara como un prisma con las otras voces. Los paréntesis eran muy útiles para hacer que el presente, pasado y futuro quedaran como aglutinados. Tratar de acomodar muchas voces, muchos pensamientos y sus distintos niveles: la frivolidad, el dolor, el rencor, la historicidad de la pasión, el problema del cuerpo. Acumular paréntesis como se agolpan los pensamientos, siguiendo su ritmo.

En cuanto al ritmo del que usted habla hay una presencia de la música muy interesante: ya sea porque tanto el muerto como su ex mujer son pianista y cellista, respectivamente, como por las pequeñas biografías de músicos que recuerda Nora, las conversaciones sobre los castrados y sobre la interpretación de Glenn Gould sobre las *Variaciones Golberg* de Bach.

—La música forma parte de mis intereses y voy a escuchar conciertos con mucha frecuencia. Tengo conocimientos de música, que perfeccioné para este libro. Creo que hay una correspondencia entre el asunto musical y la forma de trabajo: esas repeticiones levemente cambiadas sobre un mismo tema que van dando una intensidad. Esto también está relacionado con la música.

Un poco lo que hace Gould sobre una pieza clásica es similar a lo que plantea la novela: a un tema clásico imprimirle un nuevo ritmo.

—Trabajo con esto hace mucho tiempo y siempre me gustó la forma en que Sor Juana pelea con la retórica, que la obliga a escribir dentro de cánones muy estrechos, tanto formales como de contenido, y sin embargo ella puede crear algo completamente nuevo. Cómo lograr reproducir la verdad del sentimiento y basar esto en el órgano central que es el corazón. Quería hacer converger en esto la circulación de la sangre, cuando el cuerpo está vivo y qué pasa cuando está exangüe.

Esa ruptura también se nota con respecto a la llamada escritura femenina.

—Trabajo con una serie de temas y estructuras que remiten al mundo femenino, pero siempre trato de romper con el estereotipo. Creo que donde se rompe esa relación con la tradición es en la propia escritura. Creo que en este libro hay una cosa femenina de la moda y la frivolidad. En el medio del dolor por una muerte, Nora García se fija en los zapatos y los trajes de las otras mujeres.

¿Por qué será que pasa tan frecuentemente en los velorios que uno se pone a hablar y a mirar cualquier cosa?

—Es verdad que uno se distrae con lo que lo rodea. Y esto pasa, justamente, porque uno sigue vivo y ésa es la forma de manifestarlo.

El corazón delator

BENITO CERENO
Herman Melville



Trad. Haydée N. Fryn
Lognseller
Buenos Aires, 2003
148 págs.

POR SERGIO DI NUCCI

Como todas las historias más pornográficas, más virulentamente sexuales, *Benito Cereno* (1856) no contiene escenas ni descripciones de sexo explícito. También carece, o casi, de trama. Sólo trata del encuentro desnudo de dos hombres que desean desnudarse el uno al otro, pero que nunca llegan –nunca llegarán– a hacerlo del todo. Los dos en cuestión constituyen una antítesis predestinada a la fortuna de los tópicos clásicos. Tal vez la obsesión axial de la literatura norteamericana: la oposición insalvable, si no es por la violencia y el sexo, entre América y Europa. Una de las claves del éxito del norteamericano Herman Melville fue tentar a sus lectores con interpretaciones alegóricas, sin que sus obras necesariamente fuesen alegorías, como acaso sí lo eran las de su amigo Nathaniel Hawthorne, el dedicatario de *Moby Dick* (1851).

El *Benito Cereno* que da el título a la *nouvelle* es un capitán español, cuyo barco "San Dominick" transporta un cargamento de esclavos. La acción se desarrolla en 1799, frente a las costas de Chile. El relato adopta el punto de vista del capitán Amasa Delano, de Massachusetts, cuyo barco se llama "La delicia del soltero". Ni el apellido ni el nombre del barco son indiferentes. En los Estados Unidos de 1856, como en la Argentina de 2003 (piénsese en el *affaire* Zaffaroni), "soltero" es un eufemismo por homosexual.

Cuando la nave a la deriva de Cereno se acerca a donde está fondeada "La delicia del soltero", Delano sale en su ayuda. Se acerca con una ballenera, sube a bordo, conoce al fascinante y aristocrático Cereno, descubre que la carga son esclavos, promete víveres y auxilio. Pero, según las mejores convenciones de las novelas marinas, la acción se dilata, los vientos son mudables, Delano se sumerge en la duda, y el lector se desliza, impenitente, indetenible, por el plano inclinado de la interpretación alegórica.

El estilo paranoide que caracterizará a la política exterior norteamericana es ya el del capitán Delano. ¿Está elucubrando el absolutista Cereno un complot contra el representante de la joven república? No, no es posible, si Delano sólo atiende a su democrático buen sentido, si aleja las pesadillas de ese pueblo católico, papista, que son los españoles. Y después de todo Cereno es demasiado barroco, enfermo, inválido, confía demasiado en los negros, a los que deja andar sin cadenas a bordo, porque no sabe que son peligrosos, y es demasiado amigo de uno de ellos (su confidente), al que el neoclásico y racionalista Delano desprecia y que sin embargo, como en un juego, en una ocasión se propone comprar y a quien en otras se imagina sustituir.

El capitán Delano alega una y otra vez su inocencia, como la de alguien imposiblemente nacido sin pecado original, y la culpabilidad patológica de los españoles. Como el justo calvinista, clama que no debe temer ni juicio ni castigo. Tampoco falta aquí la alusión nacional norteamericana, el país democrático que procura olvidar la esclavitud y el genocidio indio, sólo para ganar un sentido de culpa más inalienable y delator.

"El sueño de la razón produce monstruos", dice un grabado de Francisco de Goya; "el que desea y no obra engendra pestes", escribía su contemporáneo, y colega grabador, William Blake. Los monstruos y las pestes son la materia de este relato único, alimentado por las siempre pospuestas, nunca verdaderamente realizadas fantasías de penetración del capitán Delano. Como las heroínas de las novelas de Henry James medio siglo más tarde, el americano de Melville vive retrasando su entrega, al oscilar entre interpretaciones excluyentes; como en los *films* de David Lynch un siglo y medio después, hasta el más alegórico de los lectores sabe que el triunfo final de la luz y de la normalidad no son forzosamente el de la razón.

Busco mi destino

VUELO TRIUNFAL
Miguel Vitagliano



Tusquets
Buenos Aires, 2003
348 págs.

POR LAUTARO ORTIZ

En la portada del libro, la imagen de Evita presenciando un luminoso amanecer establecería una primera dirección de lectura para abordar la última novela de Miguel Vitagliano que, además, transcurre en la Argentina de la posguerra bajo la impronta de un peronismo que lleva adelante una suerte de impulso tecnológico, a través de la creación de la Fuerza Aérea, la industria aeronáutica y la investigación de materiales atómicos.

Pero esa mirada inicial terminaría resumiendo la historia de tres jóvenes (Eduardo Salviatti: piloto de la flamante Fuerza Aérea; Lucio Tranjo: periodista incipiente de una célula opositora al gobierno, y Elena Navarro: una joven madre, atrapada entre el amor de los dos adolescentes), en el simple relato de una lucha de opuestos: peronismo vs. antiperonismo o régimen versus nueva sociedad.

La novela de Vitagliano –profesor de Letras y autor, entre otras, de *Posdata para las flores*, *El niño perro* y *Los ojos así*, esta última ganadora del premio Anna-Seghers-Preis en 1996– es antes que nada la historia de una iniciación. A golpes de realidad, tres adolescentes descubren, simultáneamente, el verdadero rostro del amor y el campo ideológico donde se mueven.

Vuelo triunfal propone un ida y vuelta entre lo privado y lo social: la comprensión de los discursos políticos son puerta de acceso para discernir el destino personal. El futuro de un país también depende de la claridad de pensamiento de sus hombres.

A medida que los tres personajes comprenden el papel que les ha tocado jugar en la historia, abren los ojos a sus propias vidas y la exploran. El piloto que realiza viajes desde Buenos Aires a Bariloche (donde se ha instalado un laboratorio de energía nuclear) traslada, sin saberlo, cargamento para los experimentos atómicos que Perón impulsa y proyecta para el país. Descubre los motivos de sus misiones a través de las enseñanzas de Mauro Cepeda, instructor de vuelo, encargado de transmitirle al piloto la visión peronista. Sus enseñanzas, a modo de un brujo, son siempre simbólicas. A bordo de una flamante nave aérea creada por el gobierno (un DL "con la bandera nacional, y el sol fuerte pintado en el centro de la deriva"), el primer contacto del maestro con su discípulo es frente a la imponencia de un eclipse (un cruce de fuerzas): "No se quite las antiparras y disfrute", aconseja Cepeda. "Es sólo un instante, un soplo, un regalo de Dios para que contemplemos aquello ajeno a la vista de los mortales. Vamos a tener que esperar casi veinte años para ver el próximo y quien sabe si tendremos una posición tan privilegiada, es lo más cerca que un hombre puede estar de Dios y de su secreto infinito".

Lucio entenderá el mundo de la mano de Merino, director de la Biblioteca Obrera Almafuerte, quien encabeza los ideales de una nueva sociedad pensada por grupos antiperonistas. Será el anciano quien aproxime a su joven ayudante a las bases teóricas de los opositores. Ambos maestros –Merino y Cepeda– funcionan como llaves para que los dos jóvenes accedan a la comprensión de la realidad.

En el medio está Elena, una joven madre, testigo de los discursos ideológicos que representan sus hombres. En esa contradicción, en esa grieta de los opuestos, el personaje femenino descubre su verdadero lugar y vislumbra –como la Evita de la portada– el futuro. Frente a los ideales y a los discursos de poder, ella encarna el verdadero conflicto humano: la posible realización de los sueños. Su aprendizaje, solitario y basado en la observación de sus pretendientes, es un lento viaje hacia el pasado y el presente buscando descifrar su identidad.

Equilibrada, sin grandes sorpresas, previsible por momentos, ingeniosa por instantes, *Vuelo Triunfal* corre detrás de una enseñanza, de una comprobación: ser dueño del destino tiene un precio, vivir.

EN EL QUIOSCO

LOTE, 72 Y 73

(Venado Tuerto: junio y julio de 2003), $ 3 (o 3 puntos en la red de trueque)

Que la Argentina no termina en la General Paz es bien sabido y **Radarlibros** insiste periódicamente, por eso, en dar cuenta de la producción cultural de nuestras provincias. En este caso le llegó el turno a Venado Tuerto y a la revista *Lote*, un mensuario de cultura que dirige Fernando Peirone. *Lote*, además, en una profusión de volantas que merecería un mejor tratamiento gráfico, se confiesa como "lo que nos tocó en suerte" y "periódico especial".

Las dos últimas entregas del mensuario examinan, respectivamente, las causas y las consecuencias (también se arriesgan los culpables) de la pampa inundada y las relaciones entre "cultura y poder en Venado Tuerto".

El número de julio festeja, además, los seis años de la revista: razón de más para saludar este emprendimiento encomiable.

En ambos números se encontrarán notas sobre libros de Eduardo Rinesi, Horacio González, Todorov o Fernando Pessoa. La edición aniversario, incluso, incluye un anticipo de *El terror y la gracia*, de León Rozitchner. Todo lo que demuestra, una vez más, que hay modernidad allende las avenidas de circunvalación porteñas. Y es una suerte que así sea, porque cuanta más modernidad, antes podrá la Argentina salir del pozo cultural en el que se encuentra.

Qué pasó con el "Que se vayan todos", qué hubo en la última edición del Festival de Cine Independiente de Buenos Aires y cuáles son los hitos de la historia de la Iglesia en Argentina son otras preguntas que *Lote* intenta contestar. En definitiva, un buen *mix* de problemáticas "locales" (las de Venado Tuerto) y más generales (las del país entero), pero siempre con un punto de vista crítico y atento a las necesidades de transformación de la sociedad argentina.

SANTIAGO LIMA

LOS RESTOS DE LA ESCUELA DE FRANKFURT

Las cenizas del abuelito

Radarlibros estuvo en el entierro de los restos de Herbert Marcuse, uno de los más importantes miembros de la influyente Escuela de Frankfurt. A continuación, una crónica de un evento que tardó más de lo debido.



POR ARIEL MAGNUS, DESDE BERLIN

Herbert Marcuse, nacido en Berlín en 1898 y emigrado a Estados Unidos en 1933 (de donde, a diferencia de sus amigos y colegas de la Escuela de Frankfurt, Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, nunca habría de volver), murió a fines de julio de 1979 en Starnberg, Baviera, mientras visitaba a Jürgen Habermas. Ya demasiados judíos fueron reducidos a cenizas en Alemania, razonó Ricky, su tercera esposa, y por eso decidió, inocente hasta la torpeza, o torpe hasta la exasperación, que fuera cremado en Austria.

Como la legislación estadounidense desaconseja el envío de semejantes elementos a direcciones particulares, la urna fue a parar a una agencia funeraria de New Haven, cerca de donde vivía su hijo Peter. Nueve años más tarde murió Ricky y algunos después el socio de Peter, que se había encargado del asunto, por lo que las cenizas quedaron olvidadas en la funeraria hasta que, otra década más tarde, al nieto de Herbert le llegó un *mail* preguntando por la tumba de su abuelo.

"Es una pregunta interesante", contestó el nieto Harald (profesor de Historia alemana en la Universidad de California), y se puso en contacto con su padre, Peter, quien le confirmó la historia de las cenizas: "Estás en lo cierto. ¿Las querés?". De ahí en más, la familia Marcuse discutió qué hacer con su ilustre antepasado redivivo (el curioso lector puede consultar el divertido intercambio epistolar en *www.marcuse.org*) y al fin se decidió a hacerlo descansar en su lugar de nacimiento.

EL LARGO ADIÓS

Menos que la urna (que llegó como equipaje de mano junto con la familia un viernes por la mañana), lo que causó sensación fue el Cadillac negro en que fue paseada por el centro de la ciudad camino al cementerio. La tremenda Limousine del año '66, uno de los autos más caros y lujosos de su época, ya estaba definitivamente estacionada en el Museo de Técnica de Berlín, pero fue resucitada para la ocasión por pedido de la familia (primera versión), por pedido del equipo de televisión que cubrió todo el evento (segunda), o bien (tercera e invencible en simpatía) porque el dueño de la funeraria que organizó el entierro es un viejo revolucionario del '68 y aún recuerda que en ese mismo auto, además de Marlene Dietrich y otros prominentes, fueron transportados los restos de Benno Ohnesorg, el estudiante muerto a balazos por la policía en junio de 1967.

Como fuere, tanto el fastuoso transporte como la macabra historia de las cenizas hicieron de la ceremonia un evento algo bochornoso. A eso se sumó que el cementerio elegido, uno de los más selectos de Berlín, alberga las tumbas de Fichte y de Hegel (una pegadita a la otra, por deseo de Hegel), de Brecht (y su mujer, y alguna amante), de Ana Seghers y de otras muchas personalidades. Pero así y todo, Marcuse fue a parar (el viernes siguiente, un día antes de su cumpleaños número 105) enfrente de un famoso comediante de la RDA. Entre una y otra cosa, la Universidad Libre de Berlín lo honró con un coloquio en la misma aula en la que el autor de *El hombre unidimensional* habló un mes y medio después del asesinato de Ohnesorg sobre el "El fin de la utopía" y "El problema de la violencia en la oposición", charla que lo convertiría en una suerte de padre del movimiento estudiantil contestatario. En aquel entonces fueron tres mil los que llenaron el aula en cuestión; esta vez no fueron más que unos cientos. Que no vinieron sólo por él sino, sobre todo, por ella.

ELLA

"Es negra, es militante, es comunista, es extremadamente inteligente y es bonita: esta combinación es mucho más de lo que el sistema puede aguantar." Así presentó alguna vez Marcuse a su alumna Angela Davis, uno de los diez criminales más buscados de Estados Unidos en 1970. Su encarcelamiento por supuesto tráfico de armas provocó una reacción internacional casi sin precedentes, que hizo de ella un icono de la lucha por los derechos de los negros y la liberación de los presos políticos. "Good evening", dice Angela (59) y calla. La gente sonríe y la aplaude.Los últimos 30 años no han hecho más que reducirle el peinado afro y agregarle algunos kilos a su encanto; pocos minutos le bastan, como antaño, para fascinar al auditorio. Antes hablaron el hijo Peter y el nieto Harald, ambos aclarando que no nos habíamos reunido para la nostalgia sino para demostrar que el pensamiento de Herbert Marcuse seguía siendo peligroso. Pero recién con Angela la amenaza electriza el salón: "Su obra y su vida tienen para nosotros, hoy, un sentido mucho más urgente del que jamás imaginamos al momento de su muerte... El tiempo en el que habló en esta universidad y nuestro tiempo se parecen". Consultada luego por *Radarlibros* ("Argentina, claro. Tengo familia en Rosario") acerca del alcance de esta comparación, Angela fue casi más radical que durante su encendido discurso: "Pensá en la guerra de Vietnam y en la guerra ahora, no sólo contra Irak y antes contra Afganistán sino potencialmente contra todo el mundo. Lo que quise fue comparar lo absurdo e irracional de esa pulsión de guerra que hoy estamos sufriendo por culpa de Bush. Y así como los estudiantes antes, hoy tenemos ese potencial de las movilizaciones mundiales por la paz. El problema es cómo hacer uso de ese potencial, que los medios transforman en noticias que un segundo después se tornan obsoletas". Cuando subió al podio Axel Honneth, actual director del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, lo primero que hizo fue preguntarse en voz alta cómo ganar la atención del público después de la aparición mágica de Angela. Las cámaras de televisión ya se habían retirado.

HACER ESCUELA

Este año se cumplen ochenta desde la fundación del Instituto de Investigación Social o Escuela de Frankfurt, entre cuyos patrocinadores se cuenta el argentino Félix Weil, hijo de un comerciante alemán que emigró al sur hacia fines del siglo XIX y amasó una fortuna exportando trigo. Tras el obligado exilio norteamericano durante el régimen nazi (en *Las señales de la memoria*, Sebreli plantea especulativamente una mudanza de la Escuela a Buenos Aires), el Instituto volvió a funcionar en Frankfurt bajo la dirección de Horkheimer. El alumno de Heidegger, Herbert Marcuse, que al igual que Walter Benjamin no era de Frankfurt sino de Berlín, nunca terminó de ser completamente frankfurteriano, un poco porque venía de la ciudad proletaria del norte y otro poco por haberse quedado en Estados Unidos después de terminada la guerra (trabajó para la Office of Strategic Services, precursora de la CIA).

Su teoría del "derecho natural a la resistencia", su defensa de la lucha violenta y su exaltación del movimiento estudiantil incluso en desmedro del obrero, acabaron alejándolo sensiblemente de Horkheimer, a quien criticó duramente por el hecho de haber llamado a la policía el día en que un grupo de estudiantes tomó el Instituto. "Me acuerdo –evoca Eda Brandmayer (59), uno de los pocos miembros del público que lo vieron en el '69 y que quieren hablar del tema– de que cuando Marcuse estuvo acá dijo, así como al pasar, que la revolución ya estaría ahí si nadie se levantara de la cama por la mañana. Él podía decir esas cosas que otros no se atrevían."

BENJAMIN EN 1938. SCHOLEM, QUE RECIBIÓ LA FOTO POR CORRESPONDENCIA, COMENTÓ EN NOVIEMBRE DE ESE AÑO LA EXPRESIÓN "ENCONADA Y RESUELTA A TODO" DE SU AMIGO.



ANTICIPO

Historias de cartas

POR GERSHOM SCHOLEM

En estos días, el FCE distribuye el libro *Walter Benjamin y su ángel*, donde Gershom Scholem rinde tributo a su amigo, el más grande crítico alemán de todos los tiempos. A continuación un fragmento donde el autor cuenta la peripecia del epistolario que sostuvieron durante la década del treinta.

C*orrespondencia con Benjamin* (1979) debe su origen a una sorpresa que desde hace muchos años ya no esperaba tener. Viene a llenar una laguna de la que era plenamente consciente cuando en 1975 escribí mi libro *Walter Benjamin. Historia de una amistad* y que pensaba jamás iba a ser superada. Tenía en mi poder la colección completa de las cartas que Benjamin me había mandado, pero no las que yo le había mandado a él. Como sólo en casos muy extraordinarios escribíamos a máquina y no guardábamos, por lo tanto, copias de nuestras cartas, no contaba más que con algunas pocas piezas de mi correspondencia con él, ya bocetos o duplicados completos, ya esbozos aislados que por razones particulares había querido conservar. Después en 1945, se volvió claro para mí que la ilusión de que esas cartas reaparecieran era muy remota. En efecto, al poco tiempo se comprobó que los documentos de Benjamin caídos en manos de la Gestapo habían sido en su mayor parte destruidos.

Aún no sabía que la Gestapo había llevado a cabo dos allanamientos. En el primero, confiscaron todos los papeles que había en la vivienda berlinesa de Benjamin, entre ellos las cartas que le habían escrito hasta marzo de 1933; en el segundo, que tuvo lugar poco después de la entrada del ejército alemán en París, incautaron los papeles que habían quedado en su domicilio de la Rue Dombasle 10. Es seguro que estos dos allanamientos no estuvieron sincronizados. No puedo evaluar si se produjeron según el sistema que solía implementar la Gestapo, pero sé por boca del director del Archivo Central de la RDA en Potsdam, donde fui recibido con gran deferencia en octubre de 1966, que los papeles de Benjamin, al ser embalados, fueron a parar al archivo del *Pariser Tageszeitung* por un azar de orden técnico. En el momento en que para la conducción de la Gestapo quedó claro, a través del edicto de febrero de 1945, que la guerra estaba perdida, casi todas las actas y papeles de sus archivos fueron destruidos y con ellos también todas mis cartas a Benjamin anteriores a febrero de 1933. El archivo del *Pariser Tageszeitung*, sin embargo, se salvó de aquella destrucción gracias a un acto de sabotaje de su editor y los papeles parisinos de Benjamin llegaron como parte de dicho archivo a Rusia, donde permanecieron guardados aproximadamente quince años. Cuando en 1960, en virtud de una decisión de alta política, comenzaron a devolverse museos, bibliotecas y archivos a la RDA, esta colección llegó al Archivo Central de Potsdam.

Al inventariar el material, se comprobó entonces que había también dos biblioratos con papeles de Benjamin incautados en París que no tenían ninguna relación objetiva con el *Pariser Tageszeitung*. Estos biblioratos contenían, sólo en una pequeñísima proporción, apuntes del propio Benjamin, y lo que había en ellos era, sobre todo, la correspondencia dirigida a él. Era un hábito muy arraigado en la naturaleza de Benjamin conservar todas las cartas y tarjetas postales que recibía. Gracias a esta correspondencia, aunque sea casi exclusivamente unilateral, disponemos hoy de una muy rica documentación para la biografía de Benjamin entre 1933 y 1940.

Tras la devolución de estos volúmenes al Archivo Central de Potsdam, se procedió a hacer una primera clasificación, en muchos casos no detallada, almacenando en legajos separados aquellas colecciones particularmente llamativas, como por ejemplo mis cartas, las de su ex mujer Dora y las de su hijo Stefan. Transcurrieron algunos años antes de que el rumor sobre la existencia de este epistolario llegara también a la editorial Suhrkamp a través, por un lado, de los colaboradores que por su entonces trabajaban en el ordenamiento del Archivo Brecht en Berlín Oriental y, por el otro, a través de las referencias dadas por un antiguo colaborador del Instituto de Investigación Social, el economista alemán Alfred Sohn-Rethel (Birmigham), que había visto estos papeles con sus propios ojos en una visita a Potsdam. De este modo, llegó hasta mí la noticia de que también mis cartas de esa época se hallaban en Potsdam, lo que me fue confirmado a través de un pedido del Dr. Gerhard Seidel (colaborador entonces del Archivo Brecht). Se me aconsejó que solicitara un permiso del Ministerio del Interior para examinar dichos materiales, cosa que hice sin obtener respuesta alguna. Recién a fines de septiembre de 1966, en un encuentro académico en Bucarest, pude explicar detalladamente mi situación y mi interés en este asunto a dos directivos de la Academia Alemana de Ciencias, con lo cual las cosas cambiaron significativamente y, unos pocos días después, recibí una invitación de la Academia Alemana de Ciencias para ir a Berlín y a Potsdam, donde podría examinar los papeles póstumos de Benjamin y sacar fotocopias de ellos. De modo que en octubre de 1966 pude trabajar unos días en este archivo y asegurarme de que, en efecto, prácticamente todas mis cartas de aquellos años estaban allí. Prometieron mandarme copias de ellas y también de un gran número de otras que eran importantes para mí. Pero este envío no se llevó a cabo en 1967, evidentemente debido a órdenes superiores. Entre tanto, los papeles de Benjamin fueron trasladados del Archivo Central de Potsdam al Archivo de Literatura en la Academia de Artes de la RDA en Berlín Oriental.

En mi ya mencionado libro *Historia de una amistad* me referí de la siguiente manera a esta "fuente de primer rango", cuya utilización me estuvo vedada otros diez años más: "Si ese material estuviera accesible, se podría ofrecer una documentación completa, con la extensión de un libro, sobre nuestra relación durante aquellos años". En el presente volumen se encuentra ahora reunida esa documentación. Su inesperada aparición se debe a la ayuda e intervención del poeta Stephan Hermlin y del ministro de Cultura de la RDA, Sr. Hans Joachim Hoffmann, a quienes quisiera agradecer aquí una vez más. El arribo de estas copias en noviembre de 1977 fue el regalo más valioso y agradable que podía haber recibido en mi octogésimo cumpleaños.

NOTICIAS DEL MUNDO

La ciudad como texto Claudia Kozak dictará en el Centro Cultural Ricardo Rojas (Corrientes 2038) un curso de dos meses sobre graffitis, pintadas y otras intervenciones urbanas. Esas huellas al paso, dice la coordinadora del curso, "nos desvían la mirada. Seguir el desvío, de eso se trata". El curso comenzará el 16 de agosto. Mayores informes: 4954-5523 o cursosrojas@rec.uba.ar.

Cuánto versero Entre el 17 y el 20 de septiembre de 2003 se llevará a cabo en la ciudad de Rosario el XI Festival Internacional de Poesía, organizado en conjunto por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe y la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario, y con el auspicio de la Secretaría de Cultura de la Nación. Los encuentros se desarrollarán en el Centro Cultural Bernardino Rivadavia (Plaza Montenegro, San Juan esq. San Martín). Entre los poetas extranjeros que ya han confirmado su presencia se cuentan Telma Nava (México), William Ospina (Colombia), Gonzalo Millán (Chile), Heather Thomas (USA), Peter Blaikner (Austria), Silvia Favaretto (Italia) y Anne Talvaz (Francia).

Un león suelto En el ciclo "Los filósofos: pensamientos y tonos de la voz" coordinado por Laura Klein (en el Centro Cultural General San Martín, Sarmiento 1555, Sala F), León Rozitchner hablará sobre "El terror y la gracia". El 21 de octubre, además, Eduardo Grüner hablará de "El estado de la cosa. Hacia una filosofía maldita de lo político". Todos los encuentros son los jueves a las 20 con entrada libre y gratuita.

Agora Rulfo! El escritor brasileño Rubem Fonseca obtuvo el XIII Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo. La decisión fue unánime y estuvo a cargo de un jurado conformado por Emmanuel Carballo (México), Edmond Cros (Francia), Luz Mary Giraldo (Colombia), Bella Jozef (Brasil), José Miguel Oviedo (Perú) y Vicente Quirarte (México). Fonseca, uno de los mayores escritores vivos de Brasil, nació en Juiz de Fora en 1925 y reside desde los 7 años en Río de Janeiro. Ha publicado 23 volúmenes de novela y cuento. La ceremonia en la que se entregará a Fonseca el suculento galardón, dotado en cien mil dólares, se realizará el próximo 29 de noviembre durante la inauguración de la XVII Edición de la Feria Internacional del libro de Guadalajara.

Debate mediatizado La Sociedad de Escritoras y Escritores de la Argentina dedicará la próxima edición de su Café Literario (que funciona en el bar de la Librería Gandhi, Corrientes 1734) a debatir las respuestas de los candidatos a jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a un cuestionario elaborado por la SEA en el cual se puso el acento en las políticas culturales, la promoción de la lectura y la Ley del Libro. La cita es el próximo miércoles 13 de agosto a las 19.30.

Afilando los lápices Siglo XXI Editores junto a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma de Sinaloa y el Colegio de Sinaloa convocan a escritores a participar del Premio Internacional de Ensayo y de Narrativa. La recepción de trabajos estará abierta hasta el 30 de noviembre de 2003 y el ganador de cada uno de los concursos obtendrá un premio de U$S 20.000 (veinte mil dólares estadounidenses) y la publicación de la obra. La entrega del Premio Internacional de Ensayo Siglo XXI-UAS y del Premio Internacional de Narrativa Siglo XXI-UNAM se llevará a cabo en el marco de la Feria Internacional del Libro de Minería, en la ciudad de México, presidida por las autoridades de las instituciones convocantes. Los interesados pueden consultar las bases en www.sigloxxieditores.com.mx o solicitarlas a sigloxxi-arg@sinectis.com.ar.



FOTO: CECILIA PAVON

FENÓMENOS

Las puertas del cielo

¿Quién es ese escritor que la misma semana de junio fue contratapa de *El Guardián* y de Radarlibros? Santiago Vega, o Washington Cucurto: un acontecimiento en la literatura argentina de estos tiempos.

POR ARIEL SCHETTINI

C*osa de negros* (Interzona) consta de dos novelas cortas, correlativas, y un folleto desplegable de publicidad destinado a revelar la biografía de un joven escritor argentino que casi no tiene obra y que era, hasta hace poco tiempo, salvo para un grupo de seguidores, un perfecto desconocido.

Todos esos textos, tanto como la obra ulterior de este joven escritor, remiten a un mundo identificable y reconocible por cualquier lector de literatura latinoamericana: el mundo localista de la literatura del *boom*, el lenguaje abrumador de lo que se llama el "barroco latinoamericano" y el gesto de mímesis de lo oral y mediático de la cultura literaria latinoamericana de la década del noventa (después de Manuel Puig, digamos). Cuando el autor nombra su "evolución histórica y antropológica", en el folleto de presentación, aparecen sincronizadamente (como si fuera un chiste) todos los rasgos de lo "cult" latinoamericano tal como es pensado en cualquier academia: filósofos franceses mezclados con Reinaldo Arenas y Arturo Carrera; Góngora asociado a los jóvenes más brillantes de la nueva poesía argentina (Casas, Gambarotta, Bejerman, etcétera).

Sin dudas el libro, que está llamado a ser la revelación del año en la industria literaria argentina, entrega mucho más que dos narraciones (que sean dos es importante, porque es un libro planteado sobre la idea de lo doble). Ofrece claves de lectura para iniciados, guiños para "entendidos", movimientos graciosos para amigos. Es que Washington Cucurto tiene entre sus objetivos hacer algo más que escribir novelas: construirse como un personaje que desde una mirada "ingenua" y frágil denuncia la violencia cultural.

Si la primera de las *nouvelles*, "Noches vacías", está narrada en primera persona, como si se tratara de una confesión, la otra narración, "Cosa de negros" (que hace eco de los textos antropológico-literarios de Vicente Rossi de 1926), aparece narrada en tercera persona y en ella el protagonista es un tal "Cucurto". De una novela a la otra hay más que un mero cambio de perspectiva: hay también la creación de un héroe público. Se trata del escritor que se vende a sí mismo como personaje y que se ofrece al mercado como un intelectual y descubridor de una zona inexplorada de la cultura. Desde el relato confesional hasta el relato en que Cucurto se nombra como "él" (igual que Maradona y como Julio César en *La guerra de las Galias*, dicho sea de paso) ocurrió un mecanismo de venta y de cruce hacia lo público. Cucurto se ofrece como el cronista de un mundo que –desde su seudónimo, encontrado míticamente, cuando se equivocó al nombrar la jerga juvenil ("Cucurto" es el tartamudeo inseguro de "curto", dice el autobiógrafo), hasta el relato de los bailes de cumbia– mezcla drogas, episodios policiales, sueños y erotismo. Y ese ofrecimiento de sí tiene todos los gestos del sacrificio.

Todos sus textos (incluso aquellos poemas que publicó en *La máquina de hacer paraguayitos*) muestran el tópico barroco del doble y de los espejos enfrentados. Siempre se trata de poner en la boca de los personajes (y de sí, el protagonista, héroe y animador cultural) las voces de aquello que la cultura mira con pudor, asco o miedo. De allí que en los relatos –que cuentan, siempre e invariablemente, la aventura de "levantarse" a una "mina"– el ambiente de marginación cultural, y de autodesprecio de clase en que se desarrollan las historias, tenga el aspecto de una guerra social. Y como se trata siempre de mostrar, o de imputar o de devolver como quien arroja un guante, las reglas de la cultura de los pobres suburbanos, el mismo autor, para evitar la paradoja de un antropólogo, se sumerge en esa cultura y habla desde ella como si fuera un participante y al mismo tiempo un iluminado.

Los dos relatos narran lo mismo: la muerte y la violencia que irrumpe en cualquier episodio amoroso, erótico o de intercambio social. Y el escenario es la bailanta, sus canciones, sus códigos y sus modales. En esa escena aparece como protagonista un lenguaje que es al mismo tiempo barroco (como el de Reinaldo Arenas) y atento para detectar las variaciones mínimas, las inflexiones más sutiles y las denuncias más severas que se arremolinan en el modo en que un grupo se nombra (como el de Manuel Puig). No hace mucho tiempo, en la provincia de Santa Fe, el libro de poemas *La máquina de hacer paraguayitos* fue censurado y denunciado por un grupo de gestores culturales y gobernantes de dicha provincia por discriminatorio. En efecto, quien compromete a la literatura en la obligación de ser un instrumento de elevación moral está obligado a confrontarse a sí mismo cada vez que Cucurto escribe una línea.

No hay una sola página en sus textos que no remita a la xenofobia, el machismo, el sexismo, la discriminación racial, la homofobia, la angustia social, las limitaciones culturales. Cada una de esas palabras está siempre ubicada en la narración como si se tratara de una serie de bofetadas dirigidas a un público exquisito. Para lograr que el texto sea leído en su doblez y en su ironía, el escritor no puede menos que ofrecerse a sí mismo como parte de una cultura que expulsa en el mismo momento que nombra. Como si a cada palabra dijera "yo la puedo decir y la puedo nombrar con esta violencia porque nací en el mismo lugar donde nació este lenguaje". El gesto es conocido. Se trata de construir un personaje anterior ("el autor"), protagonista de todo lo que se escriba o se diga. Actualmente se puede reconocer esa estrategia entre los cantantes de rap americanos (blancos y negros) o los cantantes de cumbia (la villera y la oligárquica); todos ellos siempre autorreferenciales, autoeróticos y egomaníacos que se "expresan" a sí mismos y sus desventuras como única posibilidad de diálogo. Eso los hace, simultáneamente, parte de un ideal estético y una lucha política. Todo lo que hagan será al mismo tiempo ficción y antropología.

Pero esa forma estética tiene una historia muy larga: los escritores gauchescos se hacían los gauchos (para darse legitimidad verbal) y Flaubert dijo que Madame Bovary era él mismo. En este caso, Washington Cucurto hace legibles sus novelas diciendo todo el tiempo que él es "de abajo", como sus personajes y como él mismo (cuando es un personaje). No en vano cuando nombra el camino de su evolución desde un bebé hasta un "escritor argentino" hace la mueca de ser un momento, un instante señalado, en la evolución humana, desde el hombre de Cromagnon hasta nuestros días.